

UN LOBO SOLITARIO



Érase una vez una manada de lobos que vivían en una cueva cerca de un pequeño pueblo al este de Irlanda. Formaban una familia compuesta por papá lobo, mamá loba y siete lobitos hermanos de distinta edad. El más pequeño se llamaba Maxi y, juntos, eran muy felices. Todos los días salían a buscar comida. El papá lobo encabezaba la manada; en medio iban los siete hermanos y cerraba la fila la mamá loba. De esa forma siempre iban los siete protegidos. A veces, si tenían tiempo antes de regresar a su cueva y no veían humanos, se daban un baño en el río que estaba cerca del pueblo, pero esto ocurría pocas veces porque la gente del pueblo les tenía miedo. Ellos eran buenos, no hacían daño a nadie, pero esto los humanos no lo sabían. Por las tardes, los pequeños no se alejaban demasiado de su cueva, jugaban allí cerca, mientras los padres hacían su trabajo por miedo a que les arrebatasen su hogar o les hiciesen daño los cazadores que rondaban la zona. Una tarde, mientras estaban jugando, oyeron un fuerte disparo y todos fueron corriendo a esconderse; todos, excepto Maxi que andaba entretenido jugando con unos caracoles que había encontrado. Aun así, fue a esconderse, aunque separado de su familia. Se refugió en una pequeña cueva hasta que dejó de oír ruidos y salió

para buscar a sus hermanos. A su vez, los demás estaban juntos y muy preocupados por Maxi. No sabían nada de él y empezaba a anochecer.

La primera noche fue muy dura. Maxi no dejaba de aullar fuerte para ver si podían escucharle, pero no hubo suerte. Al amanecer, empezaron su búsqueda mientras Maxi, que estaba hambriento, salió de su cueva en busca de su familia y de comida. Un grupo de mujeres lavaba sus ropas en el río y, al verlo, se asustaron, pero no se detuvieron. Cada vez se acercaba más a ellas y cuando comprobaron que no quería hacerles daño, se acercaron a él para ofrecerle comida.

Pasaron así varios días. Como no sabían su nombre, empezaron a llamarle “el lobo solitario”. Lo cuidaban cada día y, después de hacer sus cosas, le acompañaban hasta el bosque. El lobo solitario consiguió que los humanos dejaran de tenerle miedo y casi formaba parte de ellos, aunque seguía muy triste porque quería encontrar a su familia.

Una tarde, como muchas otras en las que una vez más no tuvo suerte, el lobo solitario jugaba con unos niños en el pueblo. La lanzaron una pelota y se metió entre unos arbustos cerca de la montaña. Al acercarse a buscarla, el lobo solitario notó cómo varios ojos lo miraban fijamente. ¡Eran parte de su familia! Lo habían encontrado hacía unos días, pero no se atrevían a acercarse para que los niños no se asustasen. El lobo solitario empezó a aullar de alegría y todos salieron de sus escondites a abrazarlo. Los niños se quedaron mudos y asustados al ver a tantos lobos juntos, pero enseguida se dieron cuenta de que eran igual de buenos que su pequeño amigo.

El lobo solitario volvió con su familia, felices y contentos todos de volver a estar juntos. Finalmente, la manada de lobos formó parte del pueblo y todos se juntaban en el bosque y vivieron muy bien juntos, protegiéndose y cuidándose los unos a los otros. Los cazadores ya nunca volvieron por allí y, por supuesto, el lobo solitario, dejó de ser solitario y volvió a ser Maxi.

Gonzalo Ferrer 1º ESO

